

# Siete retratos y un jardín

Olatz Candina

HIRIA



*A mis hijos Alex y Paul y a mis padres,  
las dos orillas del río de mi vida.*



## Índice:

1.-El retrato del amante perfecto ..... 11



2.-El rostro de Dios ..... 32



3- El retrato de un jardín ..... 49



4 -El retrato sin rostro ..... 81



5.- El retrato Enigmático ..... 109



6.- El retrato de un hombre con la mano  
en el pecho..... 157



7.- El autorretrato del color ..... 173



8.- El retrato del rey ..... 227





## El retrato del amante perfecto

*“Cuando se es joven de verdad, se es  
joven para toda la vida”* **Picasso**

Título: Les Demoiselles d'Avignon, 1907

Autor: Pablo Ruiz Picasso (Málaga 1881-1973  
Mougins)

Nacionalidad: española

Museo: Museo de Arte Moderno de Nueva York

Características: óleo sobre lienzo 235x245

Estilo: cubismo

Aquel ático de madera apolillada aún conservaba un encanto cautivador. Las vistas que se contemplaban desde la ventana de la cocina eran espléndidas. Sin embargo, para poder disfrutar de ellas, Claudia tenía que encaramarse a un taburete y esquivar así el pequeño hotel vecino.

Al contemplar aquel mar de un azul infinito, salpicado por las blancas estelas de los veleros que acariciaban su superficie, comprendió la irresistible atracción que las sirenas provocaron en Ulises. La intensidad de la luz hipnotizaba los sentidos avivando los colores y difuminando los contornos. El paisaje transmitía una armonía tan pura que sumergía al espectador en una experiencia lírica.

En ese preciso instante supo que todo su esfuerzo había merecido la pena. Y, a pesar de que todavía no había comenzado a desembalar las cajas del traslado, sintió que la Costa Azul sería, de ahora en adelante, su hogar.

Había decidido tomarse dos días libres antes de iniciar su nuevo trabajo en el Museo Picasso. A pesar de que hacía años que no hablaba francés, lo había aprendido de niña, y continuaba leyendo numerosos tratados de arte en la lengua gala.

Cogió un destornillador para abrir su caja favorita, la marcada con una gran cruz roja. Custodiaba uno de sus más preciados tesoros: la cafetera de su madre. Y este extraño ceremonial se había convertido en el santo remedio para sus ataques de nostalgia. Se preparó un café negro, muy fuerte. Uno de esos que se inyectan en las venas, aceleran los sentidos y te lanzan con arrojo a un nuevo día.

Su amiga de la infancia le había comentado que el viejo Director se jubilaba. Natalia vivía en Antibes desde hace años. Se enamoró de Thierry y tuvo una hija preciosa, Paloma, como la hija del famoso artista. A pesar de que, con toda pro-

babilidad se tratara de una casualidad, a Claudia le gustaba interpretarlo como una clara señal de su destino.

Tras una ducha de agua fría se calzó los vaqueros cortos y su vieja camiseta blanca. El algodón y la fibra marcaban su figura de una forma discreta pero sugerente. Echó un último vistazo a su reflejo en el espejo del vestidor. Satisfecha de su imagen, cerró la puerta con llave y bajó las escaleras llena de vitalidad. En el portal le esperaba la portera ataviada con un vestido provenzal estampado con flores de lavanda. Su pelo, recogido al modo tradicional, era blanco y su cuerpo tenía la fortaleza de las personas que han trabajado duro en el campo.

–Buenos días, señorita o, ¿tal vez señora?. ¿Tuvo usted un buen viaje?. Soy la señora Anglet – la saludó con amabilidad.

–Buenos días, señora Anglet. Sí, gracias, tuve un viaje estupendo – se limitó a responder Claudia omitiendo su estado civil.

–Ayer a la tarde trajeron una carta para usted. No tiene remite pero el sobre es de los caros. ¿Encuentra la habitación a su gusto? – preguntó a la vez que le entregaba la misiva.

–Estoy cómoda, gracias – respondió con una amplia sonrisa mientras ocultaba con rapidez el sobre azul en su mochila.

–¿Se quedará usted a comer?. Mi hijo mayor, Philippe, es el dueño del restaurante de la esquina. Se llama Chez Anglet. Es fácil de recordar. Es un cocinero extraordinario y estará encantado de atenderle. Está soltero. Creo que ya va siendo hora de que siente la cabeza. Acaba de romper con su última novia. A mí tampoco me gustaba demasiado pero, ya sabe, el amor es ciego.

–La verdad es que todavía no lo sé – dijo Claudia interrumpiendo el relato de la vida amorosa de un hombre al que no conocía, ni tenía interés en conocer y que amenazaba con

extenderse hasta hacerle perder la mañana. –Pero le agradezco el ofrecimiento. Hasta luego.

Salvado el primer obstáculo de su camino continuó decidida su marcha. Era un domingo de agosto y el calor arrasaba riadas humanas a las orillas de las playas que refrescaban la costa.

Un día perfecto para la primera cita con su nueva vida. Tras ascender por la empinada calle, empapada en sudor, compró un billete en la taquilla. Escudriño todos los detalles de la entrada, y tras comprobar que su número era el uno, se adentró, como una turista más, en el castillo.

Aquel trabajo suponía la culminación de su sueño. Las murallas Grimaldi custodiaban el devenir de la historia del arte. Fundadas sobre la antigua acrópolis de la ciudad griega de Antípolis, fue castro romano y residencia de obispos durante la Edad Media. En 1608 fue habitado por la familia Grimaldi que le dio su apellido hasta que en 1928 la fortaleza pasó a ser propiedad de la ciudad de Antibes para convertirlo en museo de arte, de historia y de arqueología.

Apenas le restaban cuarenta y ocho horas para su debut como directora del museo, y quería aprovechar su anonimato para examinar su funcionamiento. Su misión principal se centraba en aumentar el, hasta la fecha, exiguo número de visitantes.

El patronato del museo la había seleccionado entre otros cincuenta candidatos. Su elección había constituido una auténtica sorpresa para todos. Incluso para ella. Y no porque dudase de su capacidad, sino porque una mujer de treinta y dos años no correspondía con el perfil habitual del puesto. Tan sólo contaba con dos bazas a su favor: dominaba el francés y carecía de compromisos familiares.

–Queremos una persona joven y activa. Que sepa desenvolverse en el mundo actual y pueda contactar con la gente

– le dijo la Presidenta del Comité. – Hemos comprobado que nuestra política de nombrar académicos elitistas ha convertido las galerías en mausoleos abandonados.

El edificio estaba sumido en un silencio absoluto. El chasquido de sus zapatillas de deporte sobre el parqué del vestíbulo constituía el único atisbo de vida. El sonido era estridente y decidió andar de puntillas para amortiguar el eco.

En un primer momento, se lanzó a disfrutar de la obra aprovechando la intimidad. Se entregó con intensidad a la contemplación de los cuadros, esculturas y grabados, pero dos horas después, cayó rendida en un banco del jardín.

Sacó un botellín de agua de su mochila y buscó cobijo bajo las frescas ramas de una higuera. Desde la cima de la pequeña colina se podía disfrutar de aquel mar azul, brillante, que parecía tranquilo. Se recogió el pelo con una peineta. La brisa marina se colaba entre las ramas provocándole una deliciosa sensación de frescor en su cuello. Aliviada, se quedó mirando abstraída la escultura de Germaine Richier. Aquella placidez la relajó provocándole un estado de somnolencia e irrealidad cercano a las experiencias místicas de Santa Teresa.

Yo estaba paseando por el jardín cuando la vi por primera vez. Estaba aburrido de mi soledad y me acerqué a saludarla. Hacia semanas que no hablaba con nadie. Me senté junto a ella y me dediqué a observarla. Es curioso cómo los detalles, las posturas y los gestos nos delatan el carácter de una persona, e incluso su trayectoria. Su piel blanca revelaba que acababa de llegar a la Costa Azul. Era algo mayor que yo. Resultaba evidente que mi presencia la incomodaba. Me dio la impresión de que su soledad la avergonzaba. La distancia que nos separaba era tan corta que podíamos escuchar nuestra respiración. Su postura denotaba que era una mujer tímida. Yo sólo la miraba y ella me evitaba, con pudor, como si se sintiera desnuda.

–Parece que somos los dos únicos visitantes del museo – le dije en un claro intento de entablar una conversación.

Ella adoptó una posición defensiva. Exagerada para una situación cotidiana que no tenía una intención premeditada. Pensé que su actitud pudiera deberse a un concepto negativo de los hombres. Era una mujer atractiva pero tampoco llegaba a ser arrebatadora. Presentía que se trataba de una de esas mujeres con poca experiencia. Y me atrevería a asegurar que además le había resultado sexualmente insatisfactoria dejándole una honda sensación de vacío en su corazón. Yo había conocido muchas mujeres así a lo largo de mi vida. Resultaban una presa fácil para cualquier desaprensivo que supiera encandilarlas con falsas palabras de amor. Muchos hombres se aprovechan de ellas para luego abandonarlas sin ningún recuerdo concreto que las diferenciara de las demás. Luego ellas se resignan y, tras renunciar al amor, buscan algún refugio particular que, este caso, parecía ser el arte.

Yo era más joven y por lo tanto, y en teoría, más inexperto e inofensivo que ella. Sin embargo era evidente que mi presencia le agradaba, pero por otra parte, la abrumaba.

–Sí, eso parece – respondió sin dar pie a continuar la charla y manteniendo la mirada en la lejanía.

Parecía que quisiera convencerme de que su soledad correspondía a un deseo y no a una situación impuesta por las circunstancias. Luego pensé que quizás estuviese protegiendo algún secreto, algo inconfesable. Y fue la intriga de descubrir el acertijo lo que me empujó a insistir hasta conquistarla. Opté por una conversación intelectual, sin ningún atisbo de seducción, que la hiciese bajar la guardia y comportarse de una manera más natural.

–Puede que, al fin y al cabo, Picasso no fuese excepcional. Quizás, con el paso del tiempo, su arte se haya superado pasando a convertirse en un pintor como tantos otros –

afirmé con un ligero tono despectivo que rozaba la provocación.

La mujer volvió bruscamente su rostro hacia mí. El comentario la había molestado, y clavándome sus ojos de un verde profundo, me respondió:

–No está hecha la miel para la boca del asno. El arte no tiene ni pasado ni futuro.

Hizo una pausa, respiró hondo y armada de una simulada paciencia prosiguió:

–Cuando una obra no consigue permanecer siempre viva, entonces no merece la menor consideración. El arte de los griegos, de los egipcios, y de otras épocas, no es un arte del pasado. Quizás su arte esté ahora más vivo que nunca. El arte no evoluciona por sí mismo, sino que son las ideas de las personas las que cambian, y con ellas, sus formas de expresión artística – concluyó enojada.

Yo no pude evitar el estallar en carcajadas. Su rostro, hasta ahora sereno, había enrojecido, y una red de venas azules discurría por su cuello como un río desbordado por una tormenta.

–Lo siento, no quería molestarla – me disculpé con una sonrisa con la que intenté cautivarla. Mi dulce tono de voz pretendía apaciguar la ira de la especialista.

Ella se volvió hacia mí en señal de tregua. Al cruzarse nuestras miradas la joven me miró sorprendida y dijo:

–Sus ojos tienen un color extraño, difícil de definir. Antes me habían parecido negros. Ahora los veo más claros, del color de la miel.

–Si, bueno, en realidad lo que les ocurre es que son muy sensibles al sol. Me cambian frecuentemente de color dependiendo de la intensidad de la luz – me disculpé sin demasiado énfasis y tratando de restar importancia al asunto.

Sin embargo, a ella pareció afectarle. Su mirada perdió agresividad y me pareció ver un brillo de ternura, de dulzura, como si me tuviera cierto cariño. Fueron unos segundos, como un fulgor, luego se arrepintió e interpuso de nuevo su mirada distante. El silencio se asentó entre nosotros enfriando la incipiente conversación.

–He intentado que un guía me explicara un poco la obra, pero, por lo visto, los domingos no hay visitas guiadas. Y mañana tengo que volver a París – comenté para animarla a tomar la iniciativa.

La mujer abrió su mochila y sacó su cuaderno de notas. Su semblante, abandonó la expresión relajada de turista para ir adoptando el gesto implacable de una ejecutiva eficaz.

–Si lo desea, yo puedo ser su guía. Tengo el honor de considerarme una experta en el tema – se ofreció decidida.

–Se lo agradecería mucho – acepté adoptando el tono de respeto de un discípulo hacia su maestro.

Ella hizo el ademán de levantarse pero yo la cogí del brazo, con una extraña familiaridad, y le dije:

–Perdone, pero, si no le importa, preferiría escuchar su explicación aquí mismo, respirando el aire del mar y disfrutando de la luz del sol. En el interior del museo las escasas ventanas permanecen cerradas, ocultas tras gruesos cortinajes y el calor de estos últimos días ha ido condensándose en las paredes. Me produce cierta sensación de claustrofobia. Además no quisiera perderme el panorama.

–Esta bien, como quiera – respondió ella anotando mentalmente mis observaciones como lo haría con cualquier visitante. Y sin más, comenzó, como probablemente siempre lo hacía, desde el principio:

–Picasso nació en 1881, rodeado de un ambiente artístico. Su padre, Don José Ruiz Blasco, fue pintor. En la rama

materna también existen dos antepasados pintores. Desde muy joven destacó en el dibujo y ...

Yo no pude disimular mi decepción. Emití un sonoro bostezo, estiré las piernas y desplegué mis brazos hasta colocarlos cruzados sobre mi pecho. Una vez hube terminado el acomodo, bajé la cabeza y cerré los ojos.

–Disculpe, pero si no le interesa la vida del artista, no entiendo por qué me ha pedido que le informara – afirmó ofendida la directiva por la grosería del que hasta entonces consideraba un aprendiz.

–Por supuesto que me interesa. Y mucho. Pero todo eso, ya lo sé. Mi biblioteca está repleta de libros sobre su vida. Es más, me considero un coleccionista, ya que también poseo manuscritos escritos de su puño y letra. – Y, tras una breve pausa, continué: – Sin embargo, usted me aseguró que era una experta – y, tras lanzarle una mirada desafiante concluí: – Lo que realmente quiero saber es que es lo que pensaba, qué sentía, cómo creaba.

Sorprendida, asumió la pregunta como un reto. Nadie, hasta ahora, le había planteado esa cuestión. A pesar de que se consideraba una estudiosa de la obra del artista, y de que había impartido un sinfín de conferencias sobre el tema, jamás le habían formulado ese punto de vista. Concentró toda su energía en ofrecer un retrato telepático del artista que satisficiera la curiosidad de aquel visitante exigente.

Animado por su interés continué planteando una antigua cuestión aún sin resolver:

–Por ejemplo, si queremos partir de una base, lo primero que tendríamos que establecer es si el artista fue o no un niño prodigio. Es decir, ¿cree que algunas personas nacen con un don mágico?. ¿O quizás tenga un carácter divino?. La cultura griega lo representaba a través de esas deliciosas criaturas, a las que denominaban musas, y que por mandato de los

dioses del Olimpo alumbraban de forma caprichosa e imprevisible a sus protegidos.

La directora no acertaba a dar con una respuesta razonable y buscó su propia inspiración en el horizonte, en los destellos luminosos de las velas marineras sobre el mar Mediterráneo. Pero no encontró una contestación satisfactoria.

–No lo sé. Pero no creo que sea tan sencillo – respondió y, tras una breve pausa, añadió: – Aunque pienso que se trata de algo especial, no lo calificaría como mágico, y mucho menos divino. Pienso que es algo semejante a una sensibilidad extraordinaria.

–Continuemos. Ahora no nos queda más remedio que hacernos la eterna pregunta: ¿en su opinión la genialidad nace con uno mismo o se adquiere?– insistí con suavidad.

–Depende. No creo que sea lo mismo en todos los casos – respondió ella.

Parecía sentirse embriagada por un aire de confidencialidad, como si estuviese confesando un secreto íntimo.

–Por ejemplo, dicen que en la música, sí se dan los niños prodigio. Sin embargo, comparto la opinión del propio artista, y pienso que no ocurre lo mismo con la pintura.

–No le entiendo – la miré intrigado. –¿Significa eso que cada arte tiene su propio tipo de genialidad? – interrogué con la impaciencia de un alumno mientras aproximaba mi cuerpo al de ella impulsado, en teoría, por mi ansia de saber.

–Yo creo que, al contrario que en la música, en la pintura no hay niños prodigio. Lo que se considera como genialidad precoz es la genialidad de la niñez. Y en el caso de la pintura, esta desaparece con los años. Puede ocurrir que un día uno de esos niños llegue a ser un verdadero pintor o incluso un gran pintor. Pero tendría que empezar desde el principio.

La repuesta no me convenció, y sin apenas darle un respiró, pregunté:

–Sin embargo, es por todos conocido que sus primeros dibujos no hubieran podido ser mostrados en una exposición de dibujos infantiles. Le faltaba la “torpeza” del niño, su ingenuidad. A los siete años hacía dibujos académicos con una exactitud tan minuciosa que él mismo se sorprendía. ¿No es algo prodigioso, inexplicable?

La mujer parecía disfrutar de mi proximidad. Yo sentía el vigor de mi cuerpo. La deseaba.

–Desde un punto de vista del dominio de la técnica, puede que lo sea. Pero, ¿qué me dice de la creatividad? ¿De la imaginación? ¿De la capacidad de ver las cosas de otra manera, como los hacen los niños?. Pablo no disfrutó de esa capacidad transformadora, de esa sensibilidad – afirmó con una rotundidad de la que ella misma se sorprendió ya que no recordaba que jamás se hubiese planteado esas cuestiones.

–Sin embargo, no puede negarme que todas las ramas del arte requieren el dominio de una técnica. Al fin y al cabo es un oficio. Y si le resulta tan sencillo el adquirir una técnica ¿por qué no intenta plasmar alguno de sus dibujos?. ¡Tenga, aquí tiene lápiz y papel!.

–Creo que no me he explicado bien – respondió de la forma más educada que le fue posible. Para lo cual tuvo que reprimir su primer impulso de decirme que pensaba que era un ignorante y que no entendía nada de arte.

Yo, bajo el pretexto de una curiosidad entusiasta, me había ido aproximando a su posición en el banco. Ella decidió establecer algún tipo de frontera que le protegiera del avance del enemigo. Colocó su mochila entre ambos cuerpos y se parapetó tras ella. A mí me molestó su actitud de adolescente mojigata. Me resultaba difícil de entender cómo una mujer tan inteligente y con una sensibilidad tan desarrollada

podiera ser tan ingenua. Cambié de posición. Abandoné mi asiento, me puse de pie frente a ella, y como un león enjaulado, me dediqué a moverme de un lado al otro.

Claudia, sintiéndose la presa, y en un acto reflejo de defensa, colocó sus piernas flexionadas sobre el asiento del banco, las rodeó con sus brazos y apoyó el mentón sobre sus rodillas. Y así, en esta incómoda postura, hecha un ovillo y con su mochila como escudo protector, continuó la conversación sintiéndose más protegida pero teniendo la certeza de que el ataque era inminente.

—Lo que he querido decir es que el artista es un receptáculo de sentimientos y sensaciones que le vienen de todas partes: del cielo, de la tierra, de un trozo de papel, de una figura transeúnte o de una telaraña.

El tono sosegado de la voz femenina apaciguó mi temperamento salvaje. Yo giré la cabeza para dejar de mirarla intentando ahogar mi excitación en el mar. Luego, más calmado, volví a sentarme en el banco a una distancia que ella consideró más prudente. Aún así, mantuvo su postura atrincherada, aunque menos tensa.

—Es posible que tenga usted razón— respondí. —De hecho, la época azul surgió con la muerte de su amigo Casagemas, que se suicidó por un amor no correspondido. Aunque los cuadros siguientes no trataban expresamente de la muerte, sí lo hacían de la soledad y de la falta de amor.

Y de repente todo el vigor que rebosaba mi cuerpo minutos antes se desvaneció. Me sentí cansado, había perdido la ilusión y la tristeza me devoraba las entrañas con fuerza, con crueldad. Estaba envejeciendo. Sentía que la piel se me arrugaba. Mi cuerpo se encorvaba, lenta pero inexorablemente, como si soportara el peso del dolor. Una aflicción que me atravesaba el alma, la más profunda, la que provoca la pérdida de un ser querido. Ella sintió mi transfiguración. Me

miraba atónita, como si estuviese viendo un espectro. La melancolía me consumía humedeciendo mis ojos. Apenas podía ver su cara. Unas lágrimas se resistían a salir de mis negras pupilas. Estaba tan derrotado que ni siquiera podía llorar. Ella se compadeció de mí con la ternura que provoca el contemplar a un ser abandonado y desvalido.

Ambos permanecemos en silencio escuchando la armónica melodía de la brisa del mar, en ocasiones interrumpida por los disonantes graznidos de las gaviotas que surcaban un cielo de un azul intenso pincelado con blancas nubes alargadas. La pausa se prolongó durante algunos minutos.

Yo continuaba abstraído en mis pensamientos. Las arrugas de mi frente se plegaron como un acordeón. Sentía que mi frondosa cabellera iba perdiendo peso. Estaba agotado, como un aventurero que hubiera regresado de lejanos parajes, tras explorar exóticas selvas y atravesar áridos desiertos. Envuelto en un halo de nostalgia, tenía la impresión de haberme perdido en un tiempo indeterminado. No podía ubicar el momento. No sabía si el sentimiento que me invadía era un recuerdo o se trataba de una premonición. Mi única referencia del presente era la mujer. Luchaba por apartar de mí mente unos pensamientos que me torturaban para volver junto a ella. Me resultaba imposible dominarlos y quedé sumido en un estado de desconsuelo.

La joven estaba desconcertada. El hombre que hasta hace poco la colmaba de atenciones había dejado de prestarla atención. Por primera vez en su vida se sintió sola. La indiferencia de aquel hombre, del que ni tan siquiera sabía su nombre, le provocaba una dolorosa angustia que apenas le permitía respirar. El corazón se le encogía y el alma se le partía al pensar que su distanciamiento pudiera estar motivado por el recuerdo de otra mujer. Sentimientos de celos y de deseo la arrollaban en un loco vaivén. Una bocanada de aire

gélido se apoderó de su cuerpo ardiente. Abrió la mochila en busca de su cazadora vaquera.

–También se dice que ese cuadro es una copia del Greco – apuntilló ella confiando en hacerme retornar de mis lejanos pensamientos e incitar a una nueva embestida del toro bravo.

Pero mi semblante continuó inalterable, como una escultura tallada sobre el banco de madera. Me daba la sensación de que llevaba más de cien años sentado allí. Poco después, reaccioné y más sereno le respondí:

–Por esa regla de tres, también copió las Meninas de Velázquez. ¿Pero acaso puede existir alguien tan ciego como para atribuir sus Meninas a Velázquez?. Si seguimos con esta absurda argumentación también se copió a sí mismo. El mismo lo confesó públicamente: “Me horroriza copiarme a mí mismo. Sin embargo, si me enseñan una carpeta con mis dibujos antiguos, no dudo en tomar de ello lo que pueda utilizar “.

–¿En su opinión, la copia no es el asesinato de la creación? – preguntó.

Los papeles se habían invertido. Ahora yo me había convertido en el maestro y ella en una discípula rebelde.

–Eso depende de lo que para usted sea una copia. A lo largo de la historia se han repetido constantemente los mismos temas. Lo único que ha cambiado es la interpretación de los mismos. Si lo piensa usted bien, existen muy pocos temas. De Venus y Cupido se hacen la Virgen y el Niño, de la Virgen y el Niño, se hacen la madre y el hijo; sin embargo, la historia es siempre la misma.

–¿Y en que se parecen, si se puede saber Venus y la Virgen y Cupido y el Niño?

–En el fondo de la cuestión es lo mismo. Es una expresión del amor. Una pagana y otra cristiana. Los temas transcendentales que preocupan al hombre han sido siempre los

mismos: el amor, la muerte, la soledad. Tan solo Van Gogh tuvo la imaginación, o la creatividad suficiente, si lo prefiere llamar así, de encontrar un tema nuevo. Una cosa tan corriente como sus patatas: ¡Haber pintado eso o sus viejas botas!. ¡Eso si que fue algo maravilloso!

El vigilante del museo salió al jardín a respirar un poco de aire fresco interrumpiendo la intimidad de la escena. Se quedó mirando el horizonte como si no se hubiese percatado de nuestra presencia. Su silueta, de perfil, tenía la forma de un botijo. Ella extrajo de nuevo su agenda de la mochila para incluir una nueva mejora: el personal del museo deberá mostrarse atento, saludar y sonreír al visitante con amabilidad.

Tras apuntar la información desenmarañó su cuerpo, apoyó sus pies en el suelo y se levantó para dirigirse hacia su futuro subordinado:

–Buenos días, señor – le saludó con un acento cuidado.  
– Desearía información sobre las visitas guiadas. Me han dicho que los domingos no las hay.

El hombre, giró ligeramente la cabeza coronada por una gorra de la época de Napoleón. La expresión de su cara evidenció que la pregunta de la señorita le había molestado. Detectó un cierto tono de reproche en su correcta educación. Y le lanzó, de arriba a abajo, una mirada despectiva, con la intención de dejar claro que él representaba la autoridad del castillo.

–Su información es correcta. Los domingos no tenemos visitas guiadas. De todas formas este tipo de visitas se organizan para un mínimo de dos personas. El resto de los días están programadas a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde.

Y sin despedirse retornó a su apacible soledad.

La directora, que llevaba de incógnito una misión de espionaje, retornó al que ya consideraba su banco, con evidentes signos de indignación.

—¿Ha visto usted a ese cretino mal educado? — me gritó enfurecida.

Yo le clavé mi mirada. Ella me sonrió. La agarré de la cintura con ambas manos aproximando su cuerpo hacía el mío. Sentí el roce de sus senos, y ella, turbada, no opuso resistencia. La cogí en brazos adentrándola, a modo de alcoba nupcial, bajo el cobijo de la higuera sagrada e hicimos el amor sobre la calidez de sus hojas caídas.

Perdimos la noción del tiempo. Aquel torbellino de pasión fue desmenuzándose en sutiles fragancias, penetrantes, embriagadoras, conduciéndonos al éxtasis. Mis manos se movían con seguridad, como si conocieran cada palmo de su cuerpo. Parecían grandes, como las de un marino, sobre su delicado cuerpo, y mis dedos se movían hábiles, como los de un artista. Nos abandonamos por entero a aquella íntima fogosidad. Y ella me confesó que, por primera vez en su vida, se sentía deseada y amada.

Tras el frenesí nos vimos envueltos en un halo de calma dulce. Un cariño mutuo que solo el paso de los años lo convierte en ternura. Permanecemos tumbados boca arriba, uno junto al otro, ensimismados, contemplando el paso de las nubes a través de los pequeños claros de las frondosas ramas. El cúmulo de hojas caídas formó un mullido colchón de caricias y permanecemos en silencio durante un tiempo indefinido, entre el instante y la eternidad.

A medida que fuimos recobrando el contacto con la realidad, Claudia temió una repentina aparición del guarda. Y ante la posibilidad de ser sorprendida en esa situación, comenzó a incorporarse hasta retornar a su posición inicial.

El banco había abandonado su rigidez para transformarse en un confortable descanso.

Yo la seguí y me senté a su lado. Tras un breve silencio, continué la conversación:

–El arte abstracto no gustó al principio.

–Es normal – respondió ella mientras intentaba adecentarse. – Es difícil de comprender – y cuando terminó de encasillarse la camiseta añadió – para la mayoría de la gente la pintura tiene una misión puramente ilustrativa.

–Una función estética, es decir, como una distracción agradable – añadí.

–Sin embargo su cuadro más famoso es el “Guernica”.

–Porque es una obra maestra. Como has comentado antes, el arte no tiene ni pasado ni futuro. No creo que la pintura esté destinada a entretener. Utilizo el dibujo y el color como armas en un intento de profundizar en el conocimiento del mundo y del ser humano declaré.

–¿Utilizas?. No sabía que fueses pintor

Al tutearme, Claudia se dio cuenta de que no nos habíamos presentado, y que ni siquiera sabía como llamar al hombre que le había hecho el amor como jamás hubiera soñado.

–¿Eres profesional?. ¿Cómo te llamas?. Seguro que he visto alguno de tus cuadros

Yo eludí la respuesta y continué la charla.

–Ese conocimiento nos da la libertad.

–¿Es que estamos prisioneros? – preguntó ella con cierta ironía.

–Sí – respondí– estamos encadenados a los convencionalismos de la realidad. La racionalidad nos arrebató la libertad, sometiéndonos a una vida anodina, sin pasión, calculada. Para crear es necesario despertar el hemisferio izquierdo de nuestro cerebro y recuperar la torpeza del niño que una vez fuimos.

Ella intentó imaginarme pintando un gran lienzo. Atravesando una enorme tela de un extremo al otro con una gruesa brocha en mi mano.

–¿Con una impericia compulsiva?– insistió ella.

–Sí – respondí rotundo– considero que con mi pintura he luchado como un verdadero revolucionario.

De forma repentina parte de mi rostro quedó oculto bajo la sombra. Claudia apenas podía fijar la imagen de su amante que iba desdibujándose tras el espesor de una niebla grisácea. Miró al cielo buscando una explicación. Unos nubarrones grises se aproximaban lentos y de forma amenazadora desde el horizonte. El mar había absorbido aquella oscuridad ahuyentando a los navegantes. El reino de Neptuno se había quedado solo, enojado. Y las olas dibujaban jirones de plata desordenados. El sonido del viento era descompasado y el griterío de las aves ensordecedor. Las primeras gotas comenzaron a dobligar las hojas más altas del árbol robándole toda su majestuosidad y sometiéndolo a su furia.

–Se aproxima una tormenta. Tenemos que buscar cobijo– dijo Claudia.

Pero no obtuvo respuesta. Yo ya había desaparecido. Cuando el trepidar de la lluvia aumentó su intensidad, un rayo iluminó con reflejos violetas el horizonte oculto bajo las densas nubes. El potente destello amarillo se transformó en un naranja opaco cuando se sumergió en la profundidad de las aguas.

Claudia cogió su mochila y corrió a guarecerse dentro del castillo. El antipático guarda permanecía sentado.

–Es la hora de cerrar– sentenció –pero si lo desea puede quedarse un rato. No pienso salir hasta que cese la tormenta– añadió, esbozando una tímida sonrisa en un intento de agradecer a su única visitante del día.

Claudia agradeció la invitación. Estaba agotada y se sentó en la silla de la entrada sin prestar excesiva atención a sus palabras. Intentó entretener la espera observando los detalles del vestíbulo. En el techo una gotera había despertado de su letargo y el guarda se apresuró a colocar un balde de hojalata. El rítmico sonido de las gotas al caer le recordó el tic tac del paso del tiempo. Tras el breve descanso y con la mente más despejada recordó las palabras del guarda:

–Es la hora de cerrar.

Buscó con la mirada el horario del museo en la cristallera de la puerta principal y se quedó atónita cuando comprobó, hecha un manojo de nervios, la hora del cierre que figuraba en el cartel. El reloj del museo marcaba las cinco de la tarde. Increíble volvió a comprobarlo en su reloj de pulsera.

–¿ Ha visto salir a un hombre hace un par de minutos?

–No– le respondió– no he visto a nadie en todo el día, excepto a usted.

–Pero eso no puede ser. Usted nos ha visto antes cuando ha salido al jardín.

–Lo siento señorita, pero usted estaba sola.

–¡No diga sandeces!– le respondió ella poniéndose en pie. Había perdido el control de la situación y, olvidando la compostura exigible a una directora, le reprochó: –¡Ha estado conmigo todo el día!. Estábamos sentados en el banco. Quizás no se ha fijado.

–¡Usted perdone! –respondió el hombre alzando su enorme cuerpo y apoyándolo sobre tierra firme. – Pero mi trabajo consiste en fijarme en los visitantes. Jamás se me hubiese pasado por alto– afirmó seguro de sí mismo.

Ella murmuró algo en castellano hasta acabar sumida en el mutismo más absoluto. Apenas se le oía respirar. Desbordada por el discurrir de los acontecimientos, decidió tomarse un descanso. Al sentarse de nuevo, su mochila cayó

al suelo y al recogerla recordó que todavía no había abierto la carta de esa mañana. Introdujo su mano en el bolso hasta que sus dedos palparon el suave papel. Cuando comprobó la letra escrita en el sobre de color azul turquesa, no tuvo ninguna duda de su procedencia. Luego extrajo sus llaves y lo abrió con cuidado.

*Querida Claudia,*

*Tu madre me llamó ayer confirmándome tu llegada. Estaba preocupada por tu traslado y le prometí que cuidaría de ti para tranquilizarla.*

*Esta noche te he organizado una cena con un grupo de amigos íntimos. Uno de ellos es violinista y, otra, actriz de teatro. Nos han prometido una sorpresa para animar la velada. Cenaremos en el jardín, ya que, como tú misma podrás comprobar, las noches aquí son húmedas y calurosas. Alumbraremos el porche con antorchas, el fuego espanta a los mosquitos.*

*Thierry ha ido esta mañana al restaurante de su amigo Anglet en busca de unas cuantas botellas de ese vino de aguja que tanto te gusta. Philippe se ha ofrecido a prepararnos una succulenta cena.*

*Paloma quiere mostrarte uno de sus dibujos. Dice que, de mayor, quiere ser pintora, como su abuela.*

*Deseo de todo corazón que te sientas a gusto en tu nuevo hogar.*

*Ponte guapa. Te presentaré a un par de amigos interesantes*

*Un beso de tu amiga*

*Natalia*

*PD: Por cierto, el antiguo Director del museo me ha llamado. Le urgía hablar contigo. Su insistencia me ha obligado a incluirle entre mis invitados. Me ha dicho que tiene algo muy importante que decirte sobre el museo. No ha querido adelantarme nada. Me ha resultado un hombre misterioso.*

La invitación la reconfortó y, más tranquila, intentó recapitular sobre la escena vivida en el museo para examinarla con mayor detenimiento.

–Quizás se refiera al fantasma del castillo – continuó el vigilante, a pesar de no haber entendido una palabra de sus comentarios en lengua hispana.

–¿El fantasma del castillo? – repitió ella, intentando averiguar si había entendido bien la palabra oculta bajo el pronunciado acento local de su interlocutor.

–Sí, señora. El fantasma del castillo. A veces se aparece a los visitantes, pero sólo de vez en cuando. Y casi siempre a mujeres jóvenes. ¿Es usted por casualidad artista?. Son sus predilectas.

El comentario le produjo un fuerte impacto. Se levantó de nuevo de la silla para extremar su atención. Aquella locura había superado los límites de su imaginación.

–Llevo treinta años trabajando aquí y yo nunca le he visto, pero dicen que el anterior director abandonó el puesto porque no congeniaban. Se pasaban la vida discutiendo porque el fantasma no estaba de acuerdo con la gestión del viejo. Más de una vez le sorprendí hablando solo en su despacho. Y antes de perder la cordura, optó por pedir la jubilación anticipada. Pasado mañana viene la nueva directora. Veremos si se llevan bien.

La calma volvió a reinar en el ambiente

–Parece que la tormenta remite – dijo el vigilante. – Por cierto, me llamo Antoine y vivo con mi mujer al otro lado de

la calle. Me da la impresión de que está de vacaciones. Es una mujer muy agradable. Yo tengo una hija de su edad, pero pasa los veranos en París. Ya sabe la atracción que las capitales ejercen sobre los jóvenes. Si buscara alojamiento, sepa que alquilamos habitaciones.

La tempestad cesó y ambos abandonaron el museo, se despidieron y emprendieron el camino de vuelta. Claudia inició el descenso de la colina sorteando el pavimento resbaladizo de las callejuelas y se sorprendió a sí misma rogando a Dios para que la historia del fantasma de Picasso fuese cierta. Estaba segura de que con la ayuda de sus consejos lograría que el museo se convirtiese en un auténtico éxito. Quizás en su próximo encuentro, harían el amor en el ático, en su taller de artista.